
Volunto

Emilia Pardo Bazán

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6631

Título: Volunto

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de mayo de 2021

Fecha de modificación: 10 de mayo de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Volunto

Sin darse cuenta de ello, naturalmente, Napoleón cometió una vez en su vida señalada imprudencia. La cosa ocurrió en España, donde bien pudiera decirse que no cometió esa sola el conquistador del mundo, siendo la primera y trascendental haberse metido en ratonera semejante.

Sin embargo, la imprudencia a que me refiero fue doblemente grave, amén de inexplicable, y sólo la excusa, o la excusaría ante la Historia, si la Historia la conociese, esa mágica y prestigiosa seguridad que tienen los grandes hombres de que el azar está en favor suyo, aun cuando en España bien pudo entender el héroe de Austerlitz que la suerte empezaba a cansarse de prodigarle caricias locas.

Nada sabe la Historia de que, al paso por un pueblecillo de Castilla donde hizo noche el capitán del siglo, algunos oficiales de su Estado Mayor sintieron el deseo muy natural de afeitarse, los que se afeitaban, y recortarse pelo y barba casi todos. Tenían sus barberos en cada regimiento, pero habían visto al pasar una barbería muy pulcra, caso extraño, con su yelmo de Mambrino de reluciente azófar colgado a la puerta entre dos sargas de muelas dispuestas coquetonamente, sin que faltase en el escaparate un frasco donde flotaban verdes y flacas sanguijuelas y dos o tres botecillos de pomada de rosa. Fue voz general que el Fígaro debía de saber de su obligación, y, en efecto, la oficialidad llenó la tiendecilla reclamando servicios y salió encantada de la destreza del barbero español y de la gracia con que su hija, morenita de veinte años, le servía el paño limpio, la bacía rebosando espuma jabonosa, las navajas recién pasadas, de corte sutil, y los peines primorosamente

desengrasados... Lo que hay de afición a las comodidades y a cierto refinamiento en todo francés hizo que los oficiales se deshiciesen en elogios y galanterías, que, dirigidas a los ojos de la mocita, nacían, en realidad, de admiración al aseo de aquélla barbería inverosímil. Ellos ignoraban que el patrón, el señor Gil Antolínez, era hombre en eso tan remirado que en el pueblo y dondequiera se le conocía por el remoquete de Onza de Oro...

La grata impresión pudo tanto en el ánimo de los franceses que se mostraron muy benignos y hasta obsequiosos, y no causaron la más leve molestia, lo cual se debería también a la presencia del emperador. Alguno pronunció ante éste un elogio del Fígaro, y Napoleón dispuso que se le llamase al alojamiento, que era la Casa Consistorial. Y allá se fue Gil Antolínez, con su toalla, su bacía, sus jabones de olor y su hija y ayudante, a tener el honor de rasurar aquellas mejillas de figura de medalla griega, que ya habían perdido el diseño marcado y clásico de la época consular.

Antes de sentarse para proceder a la operación barberil, el conquistador clavó su aguileña mirada en el rapista. No era que desconfiase, ni que recelase cosa alguna: era un hábito; el emperador gustaba de advertir y a veces de saborear los efectos de su mirar hondo. Le complacía impresionar, admirar, sentir el movimiento de sumisión del alma de sus interlocutores. Pero nada semejante a asombro ni a humildad vio en la cara cenceña, de respingada nariz y cortas patillas, de aquel hijo de malagueño recreado en tierra castellana. El barbero sostenía la ojeada con curiosidad, allá interiormente desdeñosa, detallando la corta estatura, las regordetas formas y la faz casi lampiña del terrible guerrero. El físico de Napoleón no había inspirado a Gil Antolínez ningún respeto.

Y en efecto, mientras ataba el paño al pescuezo corto del Ogro de Córcega, he aquí lo que el barbero pensaba: «Pues vaya una facha la del tío este... Si parece un canónigo... Y dirán que es valiente... Si le ponen una escofieta, el ama del cura de mi pueblo...».

La comparación involuntaria entre el emperador y los gallardos oficiales, sus clientes anteriores, hizo que Gil Antolínez abriese con íntimo desprecio la reluciente afiladísima navaja, mientras continuaba el monólogo íntimo: «Para lo que tiene que afeitar... Con un alfiler de a ochavo sobraría...».

Al paso ligero del jabón siguió la aproximación del acero, cuyo frío sutil estremeció un instante al Corso; estremecimiento meramente físico, pues la idea de un peligro ni cruzaba por su mente altanera, en la cual bullían aún tantos planes y tan tempestuosas ambiciones. A mil leguas estaba de suponer que aquel frío de la navaja podía ser el abanicazo de un ala negra. El señor Gil Antolínez acababa de sentir, de improviso, la tentación inexplicable, insensata; la impulsión repentina, que brota ardiente, que salta de lo secreto de nuestro ser psíquico...

Era una fiebre, un acceso de calentura, un deseo desatado, inmenso, un apetito que del alma descendía a la convulsa mano, corriendo eléctricamente después hasta la hoja brillante, que ansiaba morder la piel y bañarse en la sangre hirviente... No acertaría a decir el señor Gil Antolínez —ni supo explicarlo nunca cuando, ya en los años de su vejez, evocaba este recuerdo— a qué sentimientos obedecía aquel ansia de degollar que surgió oscura, fatídica, furiosa. No era Gil Antolínez de los patriotas exaltados. No se le había ocurrido irse con los guerrilleros. No padecía el sublime fanatismo de la resistencia al invasor. Los franceses que había rasurado por la tarde le eran hasta simpáticos. Y, sin embargo, su mano y su pulso vibraban ansiosos de apretar, de dar el tajo feroz, de ver doblarse la cabeza pálida y amarillenta, gorda y clerical, del árbitro de Europa. Si tal hiciese, ¿quién más famoso, quién más celebrado que el señor Gil, el humilde barbero? Lo que no habían podido balas ni sables, lo que cambiaría la faz del mundo, lo haría el oscuro rapista de un poblachón con sólo un movimiento de su puño derecho... Pues bien: el señor Gil afirmaba que ni aun

esto se le había ocurrido. No eran reflexiones, no eran pensamientos lo que en aquel instante hervía en su conciencia; era sencillamente el instinto, que no se razona, si bien procede de los razonamientos e ideas anteriores, pero reviste su forma propia, su brava forma de arranque instintivo, con todos los caracteres de lo sombrío, de lo animal. El señor Gil daría su vida —y de dar la vida se trataba, pero el buen hombre no lo recordaba siquiera— por ver brotar súbitamente, con *gluglú* fatídico, el chorro de sangre de las segadas arterias. ¡Oh, qué gozo! La sangre cálida empaparía su mano... La muerte del Corso sería instantánea: el barbero, con la práctica de su oficio, sabría muy bien dónde el tajo era necesariamente mortal. Un corte violento y vivo como un relámpago de derecha a izquierda, empezando bajo la barba... Y ya buscaba con los extraviados ojos el mejor sitio, cuando la muchacha, Toñuela, tímidamente, viéndole suspenso, le acercó la brocha, suponiendo que faltaban a la imperial rasuradura dos o tres pases de jabón...

Fue como si el señor Gil Antolínez despertase. En visión clarísima se le presentó la pobre criatura cosida a cuchilladas, hecha un montón de carne sanguinolenta, que los soldados pisotean y ultrajan todavía brutalmente... Y, lúcido ya, empezó a afeitar al emperador. Nunca mano tan suave y navaja tan delicadamente respetuosa se había paseado por el rostro augusto...

Napoleón notó algo. El temblor de la mano, la indecisión primera del Fígaro, no se escaparon a su perspicacia. Momentos después decía a un ayudante.

—¡Qué conmovido estaba ese pobre diablo! No hay que sorprenderse; el día de hoy será una fecha en su vida... De susto y de veneración, al pronto, no sabía ni qué hacer... Le costó trabajo empezar... Que le den dos luses y que conserve la navaja como recuerdo; que no afeite a nadie más con ella...

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.